

Fernando Martos



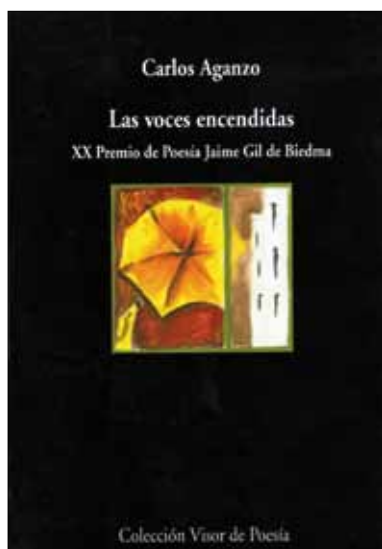
Fernando MARTOS, Licenciado en Ciencias de la Educación, Narrador Oral y responsable de la Animación a la Lectura para el Centro Coordinador de Bibliotecas de Zamora. Ha publicado en literatura infantil: "A galope tendido" Ed. Diálogo; "Las Tres Hijas" Ed. Kalandraka; "Ilargi dut izena" Ed. Desclée.

Contar la poesía

La palabra que habito es palabra de honor. Nunca he podido contar ningún poema a los niños con los que trabajo que a mí no me haya comprometido emocional o intelectualmente. Por eso, al contrario de lo que suele postularse, lo primero no es pensar si el niño va a comprender el texto, sino que el poema me diga a mí algo, y diga algo de mí cuando se lo transmita a otros. En este contexto que propongo, la palabra "mediador" ya no tiene sentido. La mediación sin compromiso cumple la misma función que el trámite de una Agencia de Viajes para ponernos delante de una ciudad que no conocemos. Todos que iremos visitar las ciudades acompañados por quienes las habitan porque ellos no nos van a hablar de un monumento sino de una experiencia. Y eso es lo que justifica la presencia de un adulto frente a un grupo de niños, en cuanto que trae..., atrae... y lleva... hacia una experiencia interesante que, aunque cada cual deba vivirla desde su personal interpretación, por supuesto, también será una experiencia colectiva porque en ella se comparte, también, una interpretación común. La voz, de quien está presente contándoles un poema es la campana que convoca a esa experiencia, a ese tránsito donde el poema es el verdadero puente, no lo olvidemos.

Sólo canto mi canción a los que conmigo van... a jugar. No hay que devanarse los sesos en busca de originales estrategias. Aquí lo más antiguo es lo más fiable. De tres a catorce años, que son con los niños con los que trabajo, no he visto nunca que decaiga el deseo por jugar. En el juego no somos espectadores, somos actores. Si actuamos nos responsabilizamos del fin del juego. Con nuestra actitud demostramos cuál es el fin que perseguimos. El valor de ese fin da calidad al juego y mejora al jugador. Y porque el juego es lo importante, las palabras de ese juego se convierten a su vez en fundamentales. Las palabras que se aprenden en los juegos, con sentido y sin sentido, tienen un contenido metafórico que permanentemente nos están proponiendo cuanto menos otro mundo posible, otra forma de interpretar la realidad. Dramatizar, dibujar, memorizar, inventar, reescribir...son formas de jugar con la poesía. Total suman cinco, una para cada día, suficiente programación curricular.

Si juego canto. Cantar, siempre cantar. Las canciones del folclore o canciones inventadas o de autor, deben permanentemente estar presentes en todas las actividades. No me refiero sólo a la escuela, me refiero también a la infancia compartida en casa con los nuestros. Hay cuentos tradicionales con canciones, hay propuestas psicomotrices con canciones. Y como tenemos la obligación de reírnos (de nosotros mismos) necesitamos canciones disparatadas y rimarrisadas. Hemos contado un cuento de un ratón... pues yo sé una canción de un ratón. El ritmo del poema ya es en sí una canción, y ahí, recitándolo y al eco de estribillos, utilizando nuestro cuerpo como instrumento, ya estamos cantando. Y aunque no se editaran más libros, y aunque no hubiera editores, aunque desaparecieran los poetas y despidieran a los profesores, hay escrita ya la suficiente poesía de calidad como para llenar las veinticuatro horas de todos los días del año. No es necesario recurrir a una poesía fofa de ripios ni sustraerles hermosas palabras en la creencia de que son incomprensibles para un niño o no pertenecen al vocabulario decidido para su edad. Yo he contado poemas con el calificativo de adultos a niños de tres años consiguiendo ese silencio que se produce cuando alguien abre los ojos y el placer le anima a buscar la solución de esa adivinanza que está escuchando.



Porque el poema es una adivinanza. Comprender, pensar, acertar, mejorar... Ese es el juego que puede proponerse. Por eso no hablo de recitar. Recitar sitúa al rapsoda en una posición distante del oyente en cuanto que lo transforma en un espectador que admira el poema pero también a quien lo dice. Contar la poesía es incorporarla con naturalidad a un discurso que, como dije al principio, sobre todo intenta transmitir una experiencia, animar a otros a tener su propia experiencia en ello, y a compartir después las interpretaciones. Despejar la incógnita de este texto enigmático que es la adivinanza o que es un poema no depende tanto de una capacidad lógico-semántica sino de un conjunto de tópicos compartidos. Esto nos impide utilizar metáforas, adivinanzas, poemas, no porque no las entienda, no entienda las palabras, sino porque el grupo al que pertenece el niño no participa de esa interacción comunicativa. Para ir ayudándole a crecer en sensibilidad e imaginación, conviene conocer al receptor y decidir si un zapato de cristal le es suficiente para descubrir a la princesa o hay que darle más prendas para su rastreo; lo que quiero es que al final sea capaz de acertar sólo con un zapato. Dicho así, la función estética de la poesía también queda definitivamente separada del adorno y de la compasión, muy propio de cierta forma de hacer poemas. Yo les digo a los niños que tengan las palabras en la boca porque su sabor es estéticamente saludable: sustancia de conocimiento. Una dosis semanal de “adivinanzas acertadas” y de “poemas enigma” son suficientes para mejorar la mirada y entrenarles en una contemplación activa. Esto quiero decir con “contar la poesía”. El adjetivo “infantil” no implica un límite sino un comienzo.*



*“Así es el comienzo: se interioriza la visión, se adentran los sonidos. Se demora el pensamiento y todo se interroga.” **Lu Ji**